

# LA CIENCIA DEL VERDADERO CONOCIMIENTO Y DEL VERDADERO AMOR EN EL *LIBER CREATURARUM* (LIBRO DE LAS CRIATURAS) DE RAMÓN SIBIUDA (+1436)

José Luis Fuertes Herreros\*  
Universidad de Salamanca

## RESUMEN

Ramón Sibiuda, a comienzos del siglo XV, y al calor del Concilio de Basilea, repensaba esa modernidad naciente desde una filosofía que fuera capaz de vivificar y de despertar al hombre, yendo más allá de la escolástica, y tratando de neutralizar los peligros que anidaban en el nominalismo, en el averroísmo, o en la tentación, que se expresaba, de ordenar la realidad desde la mera razón. En su *Libro de la criaturas* (*Liber creaturarum* o *Theologia Naturalis*) ofrecía un nuevo camino y vía, la ciencia del verdadero conocer y del verdadero amor, del gozo pleno que al hombre le cabía anhelar y alcanzar, a través de un doble libro: el libro de la naturaleza y el libro de la escritura.

**Palabras clave:** Ramón Sibiuda, *Libro de las criaturas*, escolástica, nominalismo, averroísmo, ciencia, vía del beneficio, naturaleza, libro, conocer, amor, Renacimiento, San Juan de la Cruz, Dios, metáfora.

## ABSTRACT

Raymond of Sabunde, at the beginning of the XV century, at the heat of the Council of Basel, re-considered that incipient modernity from a philosophy which was able to revitalize and wake up the man, going beyond the Scholasticism, and trying to neutralize the dangers which nested in the Nominalism, in the Averroism, or in the temptation, which was expressed at the time, to order the reality from the mere reason. In his book *Book of the Creatures* (*Liber creaturarum* or *Theologia Naturalis*) he offered a new path and way, the science of true knowledge and true love, of full joy that the man was able to pant and reach, through a double book: the book of nature and the book of the Scripture.

**Key words:** Raymond of Sabunde, *Liber creaturarum*, Scholasticism, Nominalism, Averroism, science, path of the benefit, nature, book, know, love, Renaissance, Saint John of the Cross, Good, metaphor.

## 1. SITUACIÓN Y PERSPECTIVA

Muchas y diversas han sido las miradas que se han proyectado sobre Ramón Sibiuda (+1436) en los últimos años<sup>1</sup>, sesgando y, quizá, recortando la riqueza contenida en su obra. Mi

---

\* Este trabajo forma parte y se ha llevado a cabo dentro del Proyecto de Investigación, «*La Universidad de Salamanca en el contexto cultural de las Universidades Europeas e Iberoamericanas (siglos XV-XIX)*», en el marco del Plan Nacional I+D+I 2004-2007, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia, Dirección General de Investigación, y Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER), y con referencia: HUM2006-03160/HIST.

1 Entre las variantes de su nombre: Ramón Sibiuda, Raimundo Sabunde, Sabiende, Sabond, Sabonde, Sebon, Sebeyde...

propósito es ofrecer en esbozo, la que podría ser una visión más compendiosa y rica que las que se han ofrecido hasta el presente, dejando así abierto el campo a futuras investigaciones.

Me sitúo para ello, claramente, tal como así acontecía, en el nuevo clima que estaba propiciando el recién inaugurado Concilio de Basilea (1431) como medio de cerrar las consecuencias del Cisma de Avignon, y en el deseo, también, de neutralizar el nominalismo, el aristotelismo, de vivificar la escolástica y la vida de la cristiandad. Ramón Sibiuda (Raimundo Sabunde), probablemente en los dos últimos años de su vida, y volviendo a San Agustín, a Ramón Llull, a la Escuela franciscana, al platonismo, escribe su *Libro de las criaturas (Liber creaturarum)* (1436).

En él ofrecía, desde la centralidad del hombre y de las criaturas, una nueva ciencia, la del conocimiento y del amor verdadero, accesible a todos los hombres y que nos obligaba y conducía en derecho a la Sabiduría y al verdadero Amor, realizando en el tiempo de la historia esta bella ensoñación. Era ciencia fácil, clara y transparente, accesible a todos los hombres y capaz de servir de vínculo nuevo de concordia para la cristiandad toda. Era expresada esta propuesta y proclamación a través de una bella metáfora: el libro de la naturaleza está escrito por el dedo de Dios, haciendo que volviéramos la mirada San Buenaventura<sup>2</sup>, pero sin olvidar que, ahora, estábamos en otra situación y perspectiva.

*Theologia naturalis seu Liber creaturarum*, ed. F. Stegmüller (Stuttgart 1966), con interesante introducción; Blumenberg, H., *La legibilidad del mundo*, Paidós, Barcelona 2000, p. 63-65. [Título original, *Die Lesbarkeit der Welt*, Suhrkamp Verlag, Francfort del Meno 1981]; Gómez-Heras, J. M., «El *Liber creaturarum* de Raimundo Sabunde. Estudio bibliográfico», *Cuadernos salmantinos de filosofía* 3 (1976) 237-71; H. Santiago-Otero, Manuscritos del *Liber creaturarum* de Ramón Sabunde, *Rev. Esp. Teología* 37 (1977) 423-25; J. de Puig i Oliver, «Escritura: actitud humanista en el *Liber creaturarum* de Raimundo Sibiuda», *Rev. catalana de Teología* 3 (1978) 127-52; R. Pou, «La antropología del *Liber creaturarum* de Ramón Sibiuda», *An. Sacra Tarraconensia* 42 (1969) 211-70, con bibliografía; Carreras y Artau, T. y J., *Historia de la filosofía española. Filosofía cristiana de los siglos XIII al XV* (Madrid 1929), II, 104-157; Abellán, J. L., *Historia crítica del pensamiento filosófico español* (Espasa Calpe, Madrid 1979) I, 307-11; Fraile, G., *Historia filosofía española* (BAC, Madrid 1971-72) I, 250-54; Montaigne, M., *Apoloía de Ramón Sibiuda* (Barcelona, Laja, 1982); Martina, Mario, «As orígens da filosofia de Raimundo Sibiuda», *Revista portuguesa de filosofía* 4 (1948) 5-24; Martínez de Bujanda, J., «L'influence de Sebond en Espagne su XVI siècle», *Renaissance and Reformation* (1974) n. 10, pp. 78-84; Reinhardt, Heinrich, «Raimundo von Sabunde oder das Wagnis einer Trinitätslehre auf Sprachtheoretisches Basis», *Wissenschaft und Wahrheit* 43 (1980) 32-46; Mellizo, C., «La prueba ontológica de R. Sabunde», *Anuario filosófico* 18 (1985) 169-179. Un resumen global y extenso en Vilanova, E., *Historia de la teología cristiana* (Barcelona, Herder 1987). Melquiades, A., *La teología española en el siglo XVI* (BAC, Madrid 1976), I, 385; 413. II, 259-270; 591-598. Sibiuda, R.; *Tratado del amor de las criaturas*, traducción, prólogo y notas de Ana Martínez Arancón (Tecnos, Madrid 1988), traduce solamente el «Prólogo» y la Parte tercera, que titula «Del amor y de su fuerza, de su origen y sus frutos». Seguiré esta traducción salvo indicación en contrario. Para las referencias latinas, citaré por la edición anteriormente indicada de F. Stegmüller (Stuttgart 1966), utilizando las abreviaturas LC, seguida de la Parte, título y página correspondiente.

2 San Buenaventura, «Colaciones sobre el Hexaémeron o Iluminaciones de la Iglesia» «Collationes in Hexaëmeron sive Illuminationes Ecclesiae», *Obras completas de San Buenaventura. III. Camino de la Sabiduría*, BAC, 1972. Cf. «Colaciones», II, 20, pág. 209: «Esta sabiduría se ha manifestado; por lo cual: *La sabiduría enseña en público, levanta su voz en medio de las plazas*. Y, con todo, nosotros no la hallamos, como el lego o analfabeto, que ignora las letras, y teniendo como libro, no toma interés por él; así ocurre con nosotros; por eso esta criatura se ha hecho para nosotros griega, bárbara y hebrea y absolutamente ignorada en su fuente; X, § 12, pág. 339: «Se considera también esta verdad como en un espejo que conforma y da vista. Pues toda criatura concurre a formar este espejo y se une en este espejo según la vía del orden, del origen, del complemento»; X, § 18, pág. 342: «Así, pues, estas especulaciones del orden, origen y complemento conducen a aquel ser primero, a quien representas todas las criaturas. Pues este nombre está escrito en todas las cosas»; XII, § 14, pág. 367: «... En cuanto a la primera, todo el mundo es sombra, camino, vestigio y es libro escrito por fuera... Por lo que la criatura no es sino como un cierto simulacro y estatua de la sabiduría de Dios. Y por todo esto es un libro escrito por fuera»; XIII, § 12, pág. 378: «... Más cayendo el hombre, como hubiese perdido éste el conocimiento, no había quien las redujera a Dios. Por lo que este libro, o sea el mundo, estaba como oscurecido y borrado, fue necesario otro libro, por el que fuese iluminado, para recibir las metáforas de las cosas. Y este libro es el de la Escritura, que posee semejanzas, propiedades y metáforas de las cosas escritas en el libro del mundo. El libro, pues, de la Escritura es reparador de todo el mundo para conocer, alabar y amar a Dios».

Bastaba con abrir los ojos y leer el libro de la naturaleza, reconocer sus signos y los significados de todas esas letras escritas por el dedo de Dios y dejarse llevar desde el amor agradecido a Él.

Y aquí es donde se sitúa esta mi exposición y donde queda desplegada esta bella metáfora y experiencia de vida.

## 2. SUPERANDO OTRAS FILOSOFÍAS EN TIEMPOS DEL CONCILIO DE BASILEA

La obra de Ramón Sibiuda, así, estaba muy vinculada con nuevo espíritu del Concilio de Basilea (1431-37 [-1449]) y el de Ferrara Florencia (1438), como medio de solucionar el cisma de Avignon (1378-1417), tras el regreso del papado a Roma, y de restablecer la unidad con la Iglesia griega, intentando construir y fundamentar una filosofía de la concordia.

Sentía también con los intentos de renovación y reforma de las Universidades, que por parte del papado en sus distintas marcas y obediencias en las cuales la Iglesia desde la impronta renacentista había abierto, se empeñaba buscando una centralidad nueva, en cuanto a la aceptación y profundización en lo humano, en el reconocimiento de la grandeza del conocimiento humano, como condición primera para forjar como culminación «robustísimos púgiles y atletas en la fe católica»<sup>3</sup>. Se apostaba por el hombre y por las artes liberales, haciendo que éstas fueran como la base y el fundamento de los estudios mayores para llegar a la edificación del hombre cristiano y de la Iglesia católica<sup>4</sup>.

Apostaba, también, por la renovación de la cristiandad, intentando su vivificación a través del beneficio que una nueva filosofía podía procurar, tal como se nos ofrecía en el *Libro de las criaturas*, explorando, además de la vía de la razón, la de la vía del amor y de la estética de lo sublime a través de la vía del beneficio. De otra manera las filosofías de Nicolás de Cusa y, después, la Academia platónica de Florencia irían en esta dirección de vivificación y de búsqueda de una filosofía de la concordia.

Era el Concilio de Basilea el gran acontecimiento, que está marcando este siglo, por el conjunto de implicaciones que tenía tanto desde una perspectiva eclesial como filosófica y teológica. En él se están dando cita destacados miembros de la intelectualidad del momento en la cristiandad. Asistirán, entre otros, Nicolás de Cusa (1401-64), Eneas Silvio Piccolomini (1405-64), luego Pío II (1458-64), Alonso de Madrigal (1401-55), Juan de Torquemada (1388-1468), Alfonso (Alonso) de Cartagena (1384-1456), Juan de Segovia (1393/95-1458), Sánchez de Arévalo (1404-70), y Jorge Gemisto Plethon (ca. 1355-1452), Juan Bessarion (1395-14729), Jorge Scholarios (Gennadio, +1464/68), Jorge de Trebizonda (1396-1486), Teodoro de Gaza (1398/1400-78), que llegarían al de Florencia.

3 Así quedaba expresado en los «Preámbulos» de las *Constituciones* dadas por Benedicto XIII a la Universidad de Salamanca en 1411, y ratificadas luego por Martín V en 1422, para transformar a la Universidad de Salamanca y situarla en la misma sintonía que las de Bolonia, Oxford, París y Toulouse: «Martinus episcopus servus servorum Dei ad perpetuam rei memoriam. Sedis apostolicae clementis moderata suae largifluae in subditis gratiose dona diffundens, illos propensius gratiarum ulnis amplectitur qui litterarum studiis mancupati, incomparabilis thesauri divinarum rerum et humanarum cognitionem apperhendere satagunt, in quos Deus artificex et ancilla natura bonorum morum et optimarum artium plantavere radices, et mater ecclesia continue parturiendo parit, parendo fovet, tandemque producit in fidei catholicae robustissimos pugiles et atletas», en Beltrán de Heredia, V., *Bulario de la Universidad de Salamanca*, 1966-67, II.

4 Denifle, H., y Chatelain, E., *Chartularium Universitatis Parisiensis*, Paris 1889-1897, IV, 140. Du Boulay, C. E., *Historia Universitatis Parisiensis... auctore Caesareo Egasio Buleo... Antiquo Rectore et Scriba eiusdem Universitatis*, Paris 1665-73, IV, 30: «Artium facultatem arduam illam quidam ac pernecessariam, in que superiorum studiosorum quasi moles quedam basisque consistit, super quam maioris edificii altitudo consurgit». Esto misma consideración ya se había señalado en la *Reformatio* de la Universidad de París de 1366: «Circa vero statum facultatis Artium, que quasi aliarum est fundamentum, statuimus», Denifle-Chatelain, III, 143-148.

El conciliarismo, y las tendencias, inclusive nacionalistas, serían neutralizadas por la doctrina tradicional del papado, esto es, la superioridad del Papa sobre el Concilio y el reconocimiento de su autoridad sobre la Iglesia como Jefe supremo, que se impondría. Tras Basilea, saldría definida la necesidad de aunar fuerzas en torno a la Iglesia, y al Papado romano. Roma tenía que ser símbolo de la unidad resplandeciente de la cristiandad, tanto en letras, filosofía y teología como en doctrina y en la propia vida cristiana. Había que establecer la unidad y la concordia de los príncipes y de la propia cristiandad, tanto griega como romana. Basilea serviría para iluminar acciones estratégicas distintas, que irían bien en la puesta en circulación del platonismo, tal como lo haría Nicolás de Cusa, en intentar una renovación de la escolástica o continuar profundizando en los empeños y direcciones abiertas por el humanismo.

¿Qué se pretendía ahora y cuál era el propósito de Ramón Sibiuda?

Ya se ha apuntado lo que estaba significando el Concilio de Basilea y cómo la filosofía de Ramón Sibiuda se posicionaba en esa búsqueda de una filosofía de la concordia y de una renovación de la cristiandad. Con ello se trataba no sólo de ir más allá de la escolástica, del averroísmo, del aristotelismo, de alertar de los peligros del nominalismo sino de repensar esa modernidad naciente desde una filosofía que fuera capaz de vivificar, de despertar al hombre, y de poner en circulación una filosofía autorizada que pudiera servir a todos los hombres, por el hecho de ser hombres.

Había que renovar la cristiandad, tras el dolor que había significado para la cristiandad el Cisma de Avignon y sus consecuencias.

Había que repensar las filosofías. Se ofrecían nuevas vías al conocimiento, nuevas imágenes del hombre y de lo divino, y se nos conducía a soñar la nueva humanidad, que cabía,

Se nos despertaba a florecer en lo divino, se nos llamaba a no quedarnos en las cosas, a colmar las apetencias de la propia naturaleza, se nos recordaba lo que éramos y a lo que éramos llamados. Nos marcaba el camino hacia lo divino, nos empujaba tras la sabiduría y nos comprometía en la ordenación de esa nueva república, que reflejara desde el amor esa sabiduría y orden del que dimanaba.

¿Qué camino tomar?

El del verdadero conocer, el de la verdadera sabiduría que podíamos alcanzar, siguiendo los requerimientos de nuestra noble condición, de nuestra naturaleza para llevarnos al verdadero amor y vida transfigurada en el amor. Se nos mostrará el camino enseñándonos a leer el lenguaje de los signos cifrados, y ahora desvelados, del libro de la naturaleza, y se nos ofrecerá un programa para la modelación del hombre y para la creación de la nueva *humanitas* (cristiandad).

### 3. EL SUEÑO DE UNA CRISTIANDAD RESTAURADA

Como sabía y sentía Ramón Sibiuda, ahora, en 1436, cuando rubricaba su obra recién escrita y estaba a punto de concluir, también, su vida, que en estos sus tiempos modernos, los de Basilea, debían ser de búsqueda de caminos de concordia, no de ahondar en la confrontación y en la discordia, sino en la concordia desde el gozo de la existencia y de la participación de todo lo dado por Dios a todos los hombres, yendo en pos del verdadero conocer y amar, al verdadero gozo, desde el contento y la contemplación admirada de las maravillas de la naturaleza y de nosotros mismos.

Eran tiempos para mostrar las riquezas contenidas en las arcas seguras de la naturaleza y de nosotros mismos, de sentirnos en un mundo concertado de signos y que desde el comienzo de los tiempos podían haber sido descifrados. Eran tiempos de aspirar a una teoría universal que concitara la concordia de las razones y de los corazones, que colmara las más profundas aspiraciones del hombre, que supiera remontarse por encima de las coyunturas y de las ciencias particulares, y que aspirara a mostrar el sueño realizado de una cristiandad restaurada y transfigurada. ¿Tan difícil era esto? ¿Acaso no teníamos de modo seguro a la mano esa posibilidad?

Eso es lo que Sibiuda había dejado escrito en su obra, y así lo había proclamado desde el comienzo de la misma ya en el «Prólogo».

¿Adónde nos ha conducido esta modernidad nuestra? ¿Cómo se ha llegado a esta cristianidad dividida, desgarrada, a este azaroso presente que tantos signos de decaimiento presenta, que parecen significar el final de los tiempos?

¿Qué ha sido de los grandes sistemas que trataban de ordenar el presente de acuerdo a los ideales de la Jerusalén celeste?

¿Qué de la escolástica, de los nominales? ¿Por qué tanto descarrío? ¿Podremos encontrar el verdadero camino, el código prístino que nos muestre la senda de nuestra restauración en el cual podamos leer<sup>5</sup>?

¿Se habrá marchitado la vía de la razón, y secado el campo de las cosas, de la experiencia sensible. Acaso no habrá que beber de las aguas puras del corazón, del amor para aquietar la sed de la inquietud?

Quizá, haciéndose estas preguntas, y sintiendo con el espíritu nuevo del Concilio de Basilea, proclamaba gozoso la buena nueva de una ciencia encontrada para atajar los males de esta edad de hierro, de este su siglo?

#### 4. EL ANUNCIO DE LA BUENA NUEVA PARA UNOS TIEMPOS NUEVOS

Proclamaba una nueva ciencia, segura, fiable, al fin alcanzada y realizada, era la que nos ofrecía en forma de libro. Era *El libro del criaturas o de la naturaleza*, y se situaba en el código más prístino, venerable y seguro que había hallado, y que era el hombre. Era el código vivo, abierto y desde siempre tenido. El hombre aparecía situado entre las cosas creadas, para que desde ahí se pudiera preguntar por las criaturas y por sí mismo, y para que desde esta conciencia y preguntas pudiera, atendiendo a los requerimientos de su naturaleza, si así lo quisiera, remontarse hasta su Hacedor y Creador.

Iniciaba el libro y nueva ciencia, diciendo: *Comienza el libro de la naturaleza o de las criaturas en la cual se trata especialmente del hombre y de su naturaleza en cuanto hombre, y de las cosas que son necesarias para que se conozca a sí mismo y a Dios, y todos los deberes que tiene y a los que está obligado para con el prójimo.*

E iba a continuar con un «Prólogo», que resultaría inquietante<sup>6</sup>, pero que era la proclamación de todo un programa de ilustración y de renovación cristiana y que afectaba y conmovía la fundamentación tanto de la filosofía como de la teología a estas alturas de 1436.

---

5 Me estoy refiriendo, también, al significado renovador y vivificador que ahora en el hacer humanista tienen los códigos y el valor de las traducciones para rescatar el texto prístino y genuino, así como verdadera legitimidad. Ha sido la experiencia de Leonardo Bruni en el «Prólogo» a la traducción a la *Ética* a Nicómaco (1418): «Ego, igitur, infinitis pene hujusmodi erroribus permotus, cum haec indigna Aristoteli, indignaque nobis ac lingua nostra arbitrer, cum suavitate horum librorum quae graeco sermone maxima est in asperitatem conversa, nomina intorta, res aboscuratas, doctrinam labefactam viderem, laborem suscepi novae traductionis, in qua, ob cetera omittam, illud assecutum me puto, ut hos libros nunc primum latinos fecerim cum ante non essent». «Yo, pues, conmovido por los casi infinitos errores de este tipo, pensando que esto es indigno de Aristóteles, indigno de nosotros y de nuestra lengua, al ver la dulzura de estos libros que es muy grande en lengua griega convertida en aspereza, al ver las palabras retorcidas, los temas enrevesados, la enseñanza echada a perder, emprendí el trabajo de una nueva traducción, en la que para dejar lo demás, pienso que he conseguido aquello, a saber, que haya convertido estos libros en primer lugar en latinos, cosa que no eran antes». Pedro de Osma (1424-80) haría en la Universidad de Salamanca un comentario tanto a la «Carta» de Leonardo Bruni al Papa así como del «Prólogo» y del texto. Cf. la edición crítica latina, que es la que sigo, de José Labajos Alonso, *Pedro de Osma. Comentario a la Ética de Aristóteles*, Ediciones de la Universidad Pontificia de Salamanca 1996, 50. Será la misma experiencia que compartirá Nicolás de Cusa en *De concordantia catholica* (1433), libro III, cap. 2, con respecto a la *donatio Constantini* y de Lorenzo Valla en su *Contra Donatōnis, quae Constantini dicitur, Privilegium, ut falso creditum Declamatio* (1440).

6 Me refiero a los avatares y sospechas que pesarían sobre la obra de Ramón Sibiuda. En la primera edición,

Estaba dirigido a todo hombre por el hecho de ser hombre y era una llamada al hombre entero para que se atreviera a leer el texto-libro que el mismo era, para que aspirara desde sí mismo, sin miedo alguno y desde la mayoría de edad, a saber, para que estuviera en condiciones de conocer lo que debería hacer y lo que le cabía esperar, en definitiva para que se admirara de sí mismo y, desde la libertad, se atreviera a ser libre. Esto es, a vivir de acuerdo a su dignidad y nobleza, y que se acababa concretando, ahora en el siglo XV, en la vivencia de una existencia que participaba del beneficio de los dones de la creación y que se transfiguraba correspondiendo en amor y gratitud a su creador.

Este «Prólogo» se iniciaba «en alabanza y gloria de la Santísima Trinidad y de la gloriosa Virgen María, y en nombre de Nuestro Señor Jesucristo», y para utilidad y salvación de todos los cristianos. Y presentaba su libro como ciencia, «Ciencia del libro de las criaturas, o libro de la naturaleza, y la Ciencia del hombre, que es propia del hombre en cuanto hombre, por lo que es necesaria para todos los hombres, y les resulta natural y conveniente»<sup>7</sup>.

Era, además, una ciencia fácil, que se podía aprender en menos de medio mes y sin fatiga, que «no necesita de ninguna otra ciencia, ni otro arte. No presupone la gramática, ni la lógica, ni ninguna de las siete artes liberales, ni la física ni la metafísica, pues ella es la primera, y la única necesaria al hombre»<sup>8</sup>. Sobre todo, en esta coyuntura tan especial en la cual está cercano el fin del mundo, y con unos signos de los tiempos tan clarificadores a este respecto. Eran los que a Nicolás de Cusa en 1433 le movían a exclamar: «¡Oh Dios, si en nuestro tiempo pudiésemos levantar nuestra cabeza y ver que se acerca nuestra redención, al ver que nuestra Iglesia jamás había llegado a tanto desastre como en el que ahora se halla! Quiera Dios que sus elegidos hayan sido congregados en este santo sínodo de Basilea, y que en tanta adversidad y perplejidad, acumulados en aquellas nubes, hagan ver la venida de su majestad»<sup>9</sup>.

Y ordenaba a todas las ciencias para el buen fin y la verdadera utilidad del hombre, «porque esta ciencia enseña al hombre a conocerse a sí mismo, por qué y para qué ha sido hecho, en qué consisten su bien y su mal, qué debe hacer, a qué está obligado y con quién tiene esas obligaciones»<sup>10</sup>. Muestra todo lo que puede interesar al hombre, desde su prístina condición hasta su estado actual para alcanzar su plena restauración. Y daba respuesta a todas las preguntas que pueden formularse tanto sobre Dios como sobre el hombre, pero lo hacía desde una profundidad propia, desde la interrogación que el propio misterio del hombre y de la realidad del hombre plantea.

#### a) Expresado en una bella metáfora

Utilizaba para ello una bella metáfora<sup>11</sup>. Esta ciencia era el como el alfabeto, que de modo admirable esta incorporado a todos los libros<sup>12</sup>, y era por ello, que como éste, debía ser lo pri-

la de Deventer, 1480? (1481?), aparecía publicada como *Theologia naturalis sive Liber creaturarum, specialiter de homine*. En 1559 sería incluida en el *Índice* de Valdés, en 1564 sería rehabilitada sin el «Prólogo», pero todavía el *Índice último de los Libros prohibidos y mandados expurgar: para todos los reynos y señoríos del Católico Rey de las Españas, el Señor Don Carlos IV*, Madrid 1790, pág. 238, en la entrada «Sabunde», aparece nuestro autor todavía con las siguientes tachas: «Sabunde, sue *Sebunde* (Raymundus), I, cl. (libro prohibido de 1ª Classis ó de 1ª Clase). En su Libro, *De natura hominis*, Lugd. 1550. *Diálogo* 5. pag. 233, borrese desde *non potest, asta revelare, excl.*».

7 «Prólogo», 63.

8 «Prólogo», 66.

9 Nicolás de Cusa, *De concordantia catholica o sobre la unión de los católicos*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1987, 42.

10 «Prólogo», 65.

11 Hans Blumenberg en su obra *La legibilidad del mundo* (cf. capítulo VI: «El laico iletrado como lector del libro del mundo», 63-71), hace una breve referencia a Ramón de Sabunda (*sic*) y a esta metáfora del libro, del libro de la naturaleza.

¿Es todo lo compendioso que cabría esperar el análisis que en el capítulo sexto de dicha obra hace Blumenberg sobre la metáfora del libro y, en concreto, de Sibiuda, y que hace extensiva a Nicolás de Cusa? ¿Antago-

mero aprendido por todo hombre, igual daba que fuera laico que clérigo, era la ciencia común a toda clase de hombres<sup>13</sup>. Era de alguna manera introducir una nueva fundamentación, proponer un nuevo fundamento desde este giro copernicano que se estaba introduciendo, aunque desde unos afanes divinos y de transfiguración del hombre.

No era un saber vano, caduco, sino inherente al propio hombre, y que iba más allá de los saberes de las ciencias particulares. Era el saber que se podía edificar desde el propio hombre y que era capaz de cimentar los demás saberes. Es lo que señalaba, cuando decía: «Si quieres estar consolidado, fundado, firme y cierto, aprende primero esta ciencia pues si no, andarás difuso e inestable, sin tener estabilidad en ti mismo, pues esta es la raíz, el origen y fundamento de todas las ciencias que el hombre necesita para salvarse. Y por eso, quien la posea, tendrá en sí mismo la raíz y el cimiento de toda verdad»<sup>14</sup>.

Ramón Sibiuda, en esta proclamación y descubrimiento estaba fijando un vínculo de concordia, un alfabeto, entre todos los hombre, era el horizonte que a todos unía, y que era la existencia. Eran las preguntas del despertar del hombre en la naturaleza, en medio de las criaturas, ¿de dónde venimos? ¿a dónde vamos? ¿dónde estamos? Son las que como elemento común a todos obligaban a interrogarse y responder, e iniciar desde el ámbito del *esse* la primera navegación.

Por ello Ramón Sibiuda, prometía sólo no una teoría y del conocimiento ni del conocer, sino las claves del verdadero conocer y objeto del conocimiento, el conocer primero verdadero del espíritu de la geometría, para acabar en segunda navegación alcanzando el conocer verdadero y pleno de la total Verdad y Sabiduría, desde el espíritu de fineza, desde ese seguir la derrota segura que señalaba nuestra naturaleza y de la que siempre teníamos experiencia, porque nosotros mismos somos el objeto de esa experiencia.

#### b) Los libros escritos por el dedo de Dios

¿Y esto, por qué? ¿De dónde esta confianza? Desde esa fe presupuesta o razón previamente iluminada por la fe, que repensaba y superaba las filosofías especialmente las que podían sentir la tentación de quedarse a morar entre las cosas de este mundo sin apurar la llamada que la propia naturaleza manifestaba para obligarnos a lo divino y servirle desde la libertad y el amor agradecido. Era la mirada de la razón, que convertida en mirada de fe, puede leer el libro de la Naturaleza, que sabe descubrir y ver al autor de las maravillas de la Naturaleza, que descubre gozoso al hombre, y que tras este descubrimiento, asombrado por la grandeza de éste, no puede por menos caer prendido ante Dios y ante la hermosura de la creación toda.

Volvíamos de modo radical, tal como lo propugnaba Guillermo de Ockham y el nominalismo, a las cosas y al singular, a cada criatura concreta, a los existentes concretos, a cada uno de nosotros, que no sólo éramos razón, sino también vida, sentimiento, corazón y amor. Pero no nos quedábamos ahí. Desde esa comunión con las cosas creadas y mayor perfección que ellas, éramos capaces de elevarnos al Creador. Sabíamos leer el libro de la naturaleza. Con el alfabeto descifrado de la naturaleza se nos posibilitaba el descifrar los significados de todos

---

nismo entre un saber laico de los ciudadanos, el libro de la naturaleza, y un saber libresco de clérigos y monjes, o era algo más? ¿Cabe ser complementada esta perspectiva? O mejor todavía, ¿de qué es expresión la metáfora del libro en estos años en torno al Concilio de Basilea, en esa modernidad que hay que clarificar?

He dicho modernidad, esto es, ese tiempo presente, la *modernitas* como ese presente concreto, ahora, del siglo XV, que hay que ordenar. No era la metáfora del pasado, la que nosotros leemos, la de un mundo que se fue, sino la que se ofrecía a ese presente para que pudiera ser entendido y descifrado el significado de sus signos, tal como aparecían, y con los cuales se interrogaba el hombre para construir una inteligibilidad plena, una teoría del todo. ¿Por qué existimos tanto nosotros como el universo?

12 «Prólogo», 65.

13 Ibidem, 66.

14 Ibidem, 65

los signos contenidos en ese libro grandioso de la naturaleza, que había sido escrito por el dedo de Dios.

Éste era uno de los dos libros dados por Dios, era el libro de las criaturas, o sea, el libro de la naturaleza. El otro era el de la Escritura.

Y éste es el libro que podíamos tomar, también, el libro de la Sagrada Escritura, que desde el inicio de los tiempos fue dado, mediante revelación, al hombre, y en donde acaba resplandeciendo en todo su esplendor la obra creadora y salvífica de Dios.

«El primer libro le fue entregado al hombre desde el principio, cuando fue creada la totalidad de las criaturas, pues cada criatura no es sino una letra escrita por el dedo de Dios, y con todas las criaturas, o sea, con todas las letras, se compone un libro que llamamos libro de las criaturas. En cuyo libro está también contenido el propio hombre, que es la principal de sus letras. Y del mismo modo que las letras y las palabras con ellas formadas comportan e incluyen ciencia, diversos significados y sentencias admirables, así también las propias criaturas, juntas o por separado, comportan y significan dichos y sentencias, y contienen la ciencia necesaria para el hombre»<sup>15</sup>.

Es este primer libro el despertar del hombre en la Natura, admirar ésta, saber de todas sus criaturas y de nosotros. Es libro, que esta hecho de filosofía y teología, de razón y de fe. De filosofía y razón que va siendo colmada y que adquiere su plenitud en la revelación y la fe.

Abramos los ojos, despertemos y leamos, pues esta ciencia, que nos ofrecía Ramón Si-biuda, en definitiva, no era otra cosa, «que ver y conocer la sabiduría escrita en las criaturas, extraerla de ellas y ponerla en el alma, y contemplar el significado de las criaturas», pues este mundo visible «ha sido creado para el hombre, y le ha sido dado como un libro propio, natural e infalsificable, escrito por el dedo de Dios».

El segundo libro, el de las Escrituras, «fue entregado al hombre en segundo lugar, a falta del primer libro que el hombre no sabía leer porque estaba ciego»<sup>16</sup>. Es el libro que el hombre necesitaba para poder amar y servir a su divino Hacedor, tal como éste quería. Era saber de la creación, de la caída, del plan providente de la redención, de Jesucristo, de la Iglesia, de la ordenación cristiana de la realidad, del juicio final, de la restauración gloriosa y de la bienaventuranza o de la condenación eterna.

Era la revelación y la iluminación divina que llegaba al hombre, y que le situaba en medio de la verdadera sabiduría, el que le acababa haciendo comprender el sentido completo de la realidad toda, cosa que no había ocurrido en los antiguos filósofos paganos, como advertencia y crítica, también, al demasiado apego que, ahora, se podía sentir en este resurgir de la antigüedad en estos años del Renacimiento.

Ambos libros coincidían, «pues un mismo Dios creó las criaturas y reveló la Sagrada Escritura; y por eso concuerdan y convergen, y el uno no contradice al otro, pero el primero es connatural a nosotros, y el segundo supernatural»<sup>17</sup>.

Ofrecía un juego de correspondencias y de significados plenos. No se podía caminar seguro sólo con un libro. La primera navegación, la del libro de la Naturaleza, debía ser leído desde las claves descifradas del libro de la Sagrada Escritura. Y la segunda navegación, debía ser emprendida con el libro de la Sagrada Escritura y con los auxilios del libro de la Natura. Así la derrota, siempre iba en derecho, llegando a buen puerto, con arribada gozosa a la salvación. Y el juicio final nos abriría a la eterna bienaventuranza.

Seguridad en la fe y razón confiada o apuesta por ellas. Descubrimiento sorprendido del libro de la naturaleza y de un mundo que se confiaba en que podía ser ordenado desde una re-

15 «Prólogo», 68.

16 «Prólogo», 68.

17 Ibidem, 69.



novación de la mirada y de la imagen engrandecida del hombre, desde la concordia de la fe y de la unidad cristiana. Había comenzado el Concilio de Basilea.

Y por eso, como colofón y compendio de esta proclamación de esta nueva ciencia y filosofía para estos tiempos nuevos, se nos decía: «Pues esta ciencia no es otra cosa que ver y conocer la sabiduría escrita en las criaturas, extraerla de ellas, y ponerla en el alma, y contemplar el significado de las criaturas como palabra con palabra, y de tal unión resulta una sentencia y el verdadero sentido, con tal de que el hombre la sepa entender y conocer»<sup>18</sup>. ¿Qué otra cosa nos quedaba sino ponernos a leer con ojo despierto o escuchar con oído atento? ¿Quién no podía apeteecer esta recompensa segura que se nos ofrecía?

## 5. ESTRUCTURA DEL LIBRO DE LAS CRIATURAS

Y así comienza a desvelarse la estructura íntima y profunda del *Libro de las criaturas*, la estructura del verdadero conocer y amar, y el diálogo y posicionamiento que está teniendo con las filosofías de su tiempo en ese repensar su modernidad y sentir con el espíritu de Basilea. Es el hombre entero, el que no es sólo razón sino corazón, sentimiento, voluntad, amor e inquietud, el que debe iniciar la lectura y camino gozoso entre tanta hermosura dada, en la primera y segunda parte del *Libro*<sup>19</sup>. Todo nos conduce, interrogándonos sobre las criaturas y sobre nosotros mismo, en ascenso hacia Dios. Todo nos habla y nos conduce a Él. Basta quererlo.

Efectivamente, se ofrecía una primera navegación, que todo hombre, en concordia, puede efectuar, era la aventura del verdadero conocer, remando en el mar de nosotros mismos y de las criaturas; en medio y con las olas de nuestra inquietud, desde nuestra libertad podíamos llegar agradecidos al puerto seguro de Dios, era ya el inicio de la segunda navegación, el de las opciones libres, tras habernos podido encontrar con Dios. En este viaje, con mirada atenta, habíamos aprendido a reconocer los signos y las trazas de la escritura de Dios, y juntando sus letras habíamos podido leer y comprender el texto divino donde se sosegaba nuestra inquietud y se alcanzaba la seguridad.

Ante tantas maravillas, tantos dones recibidos no puede por menos, en el corazón agradecido, que despertarse el amor y, en esta tercera parte, ser tratado el verdadero amor, el amor a Dios, que nos dilata hasta él y que nos hace contemplarlo en su infinita grandeza, siendo, así, el origen y la raíz de todos los bienes para el hombre<sup>20</sup>, «porque el amor une al amante con el amado, y cambia y convierte y transforma al amante en la cosa amada»<sup>21</sup>.

Tal como nos dirá San Juan de la Cruz (1542-1591), ese alumno de la Universidad de Salamanca, ese cazador de sueños y experiencias divinas, en la *Subida al monte Carmelo* (1579-83):

En una noche oscura  
con ansias en amores inflamada,  
¡oh dichosa ventura!,  
salí sin ser notada, estando ya mi casa sosegada.  
A oscuras y segura  
por la secreta escala, disfrazada,  
¡oh dichosa ventura!,

18 Ibidem, 70.

19 LC, [Pars prima], tit. I-LIX, 1-76. El título I, «Radix, origo, principium et fundamentum hujus scientiae». Pars secunda, LX-CXXVIII, 76-170. Esta parte comienza: «Istius operis, scilicet de comparatione hominis, quae est in quarto gradu, ad illas res inferiores trium graduum penes differentiam, et hoc duobus modis scilicet generaliter et specialiter».

20 LC, Pars tertia: «De amore et viribus ejus, de ejus conditionibus et fructibus», CXXIX-CCXXIII, 171-239.

21 LC, Pars secunda, tit. CI, «Quod magis est obligatus homo Deo pro his quae accepit in seipso, quam pro toto mundo», 130.

a oscuras y en celada,  
 estando ya mi casa sosegada.  
 En la noche dichosa,  
 en secreto, que nadie me veía...  
 ¡Oh, noche, que guiaste,  
 oh, noche amable más que el alborada,  
 oh, noche que juntaste  
 Amado con Amada,  
 Amada en el Amado transformada!»<sup>22</sup>.

Y así, también, Ramón Sibiuda nos abría la vía admirable del beneficio para ir a Dios, como fuente hermosa y fecunda de amor a Dios<sup>23</sup>, tal como más adelante señalaré.

En la cuarta parte del *Libro de las criaturas*, Ramón Sibiuda se preguntará cuál puede ser el modo cómo Dios debería ser honrado y amado, quedando aquí y de esta manera engarzado y comparado el libro de la naturaleza y el libro de la Escritura y la fe cristiana<sup>24</sup>. Queda iniciada abiertamente la segunda navegación, es la navegación de la ruta divina, la de los preceptos divinos, no ya de la naturaleza, la que ahora transfigura radicalmente la existencia, es la del modo de ser cristiano, la del que sigue los preceptos divinos y de la Iglesia, y que espera el día del juicio.

Y es en Dios, y desde el libro de la Sagrada Escritura, y desde la tradición y magisterio de la Iglesia, desde donde se descubre iluminado el misterio de la existencia. Se habla de la caída, de la redención, de Cristo y del modo de ordenar la existencia mediante la vivencia cristiana en la Iglesia. Serán la quinta y sexta parte<sup>25</sup>.

Y ahora sí que sabíamos de donde veníamos, a donde íbamos y que sentido y significado tenía la vida y la historia. Efectivamente, se nos había dado la ciencia del verdadero conocer y del verdadero amor, que era un sin límites amar.

¿Qué otra cosa nos quedaba sino ponernos a leer con ojo despierto o escuchar con oído atento? ¿Quién no podía apetecer esta recompensa segura que se nos ofrecía?

## 6. EL VERDADERO CONOCER Y EL VERDADERO AMOR

Pero, ¿podía haber construido una filosofía de la concordia, explorando otras vías distintas y que integraran las de la razón y de la mera experiencia, que fueran más allá del nominalismo, de las direcciones del humanismo, del naturalismo aristotélico, de las especulaciones de la escolástica, una ciencia que fuera capaz de encontrar el fundamento de todas las ciencias y ser «lumen omnium scientiarum»<sup>26</sup>?

### a) *El conocer en Ramón Sibiuda: una pregunta última sobre la existencia*

Hemos visto como Ramón Sibiuda nos ofrecía esa nueva ciencia, la del verdadero conocer, la del conocer verdadero y la del verdadero amor. Ciencia que no suponía, ni necesitaba de la lógica, ni de las artes liberales ni de la física, ni de la metafísica, ni de ninguna otra ciencia, ni arte, puesto que ella misma es la raíz, el origen y fundamento de todas las ciencias,

22 San Juan de la Cruz, *Páginas escogidas*, Selección y notas Fernando Gutiérrez, Luis Miracle Editor, Barcelona 1940, 20-21.

23 *Ibidem*, tit. XCVII, «Quod omnia serviunt homini, et sunt ad bonum hominis»: ...«benefitium sentis, et hoc negare non potest. Quare datorem beneficii... Si sentis beneficium, redde debitum», 122-23.

24 LC, Pars cuarta: «De timore, laude et honore Dei», CLXXIV-CCXXII, 240-344.

25 LC, Pars quinta: «De miserabili humani generis lapsu per unum hominem», CCXXIII-CCXLIX, 345-411. Pars sexta: «De reparatione lapsus humani per Christum», CCXLIX-CCCXXX, 412-626.

26 LC, «Prologus», 30.

«quia ista est radix, origo et fundamentum omnium scientiarum»<sup>27</sup>, de aquellas que son necesarias al hombre para su salud eterna, «est ista scientia necessaria ad salutem»<sup>28</sup>. Era una doctrina de la salud, de salvación. Por eso, las demás ciencias eran vanidad, pura vanidad si esta ciencia llega a faltar, «omnes enim scientiae sunt verae vanitates si ista deficiat»<sup>29</sup>.

Esta nueva ciencia no hincha ni envanece al que la profesa: «non inflat neque extollit scientem»<sup>30</sup>, y torna dichoso al que la cultiva.

Y en ese reivindicar la experiencia y el argumentar desde el nominalismo como modo de construir y legitimar cualquier ciencia verdadera de cuyo objeto se pudiera hablar con argumentos y experiencias patentes y verdaderas, esta nueva así también lo hacía y reivindicaba. Ninguna ciencia hasta el presente era mejor fundada, «haec scientia arguit per argumenta infalibilia, quibus nullus potest contradicere, quoniam arguit per illa, quae sunt certissima cui libet homini per veram *experientiam*, scilicet, *per omnes creaturas et per naturam ipsius hominis*. Et per ipsummet hominem probat, et per illa, quae certitudinaliter homo cognoscit de se ipso per *experientiam*. Nulla autem certior cognitio, quam per *experientiam*, et maxime per *experientiam cuiuslibet intra se ipsum hominem*»<sup>31</sup>.

En descubrir y hacer que aflore esta experiencia profunda, radical que se halla dentro de cada hombre consistirá el conocer. Ofrecer las razones y las pruebas, «rationes et probationes», a través de las cuales se puede iluminar y transfigurar su existencia, esto es, «cognoscere tam de homine, quam de Deo, et omnia, quae sunt necessaria homini ad salutem et ad suam perfectionem, et ut perveniat ad vitam eternam»<sup>32</sup>.

El conocer consiste en descubrir, de modo seguro y desde esa experiencia irrefutable, ese alfabeto que se halla esparcido en la creación toda a la espera de que alguien se pregunte por él y quiera recoger y aprender su significado y sabiduría, «ista autem scientiam non est aliud, nisi cognoscere et videre sapientiam scriptam in creaturis, et extraere ipsam ab illis, et ponere in anima, et videre significationem creaturarum. Et hoc fit comparando unam creaturam cum altera et coniungendo sicut dictionem dictioni. Et ex tali coniunctione resultat sententia et significatio vera, dum tamen sciat homo intelligere et cognoscere»<sup>33</sup>.

Este planteamiento y proclamación es lo que le llevará a Ramón Sibiuda a fijar y desarrollar, desde el título primero, la raíz, el origen y el fundamento de esta nueva ciencia, y que no es otro que el propio hombre.

Para ello, enunciará un principio general que guía el hacer del hombre en la búsqueda de toda certeza y evidencia. El hombre es el que siempre y naturalmente va tras dicha certeza y evidencia, y no descansa hasta conseguirlas en su último grado de certeza. La fuerza de las pruebas, que se procura, nacen y dependen del valor de los testimonios y de los testigos. Cuanto más lejanos y extraños son los testigos, menos fe y certeza producen; y, por el contrario, cuanto más próximos e interiores son, mayor es su credibilidad.

Enunciado este principio general, hay que aplicarlo de modo concreto, y en nuestro caso al hombre. Y como quiera que ninguna cosa creada es más inmediata al hombre que el mismo hombre, es por ello que aquello que se prueba del hombre por el mismo hombre, en razón de su propia naturaleza y por aquellas cosas que son para él ciertas, será lo más manifiesto y evidéntísimo para el mismo hombre<sup>34</sup>.

27 Ibidem, 30.

28 Ibidem, 27.

29 Ibidem, 31, notas 11 y 12.

30 Ibidem, 33, nota 26.

31 Ibidem, 33. La letra cursiva es mía.

32 Ibidem, 27.

33 Ibidem, 39.

34 LC, Pars prima, I, 1-2.

Este es el giro que introduce Ramón Sibiuda, coloca al hombre como centro y fundamento de esta nueva ciencia, de esta interrogación sobre la realidad y sobre sí mismo que él hace. El conocer se presenta como búsqueda, como indagación última de la verdad, como recogida de las respuestas que nos son dadas y de las nuevas interrogaciones que nos son creadas. Preguntas y respuesta desde la experiencia, desde el testimonio de las criaturas, de la realidad toda, desde ese descubrir el alfabeto divino que se nos va desvelando. Necesario será, por tanto, que el hombre se conozca, si algo quiere probar de sí mismo.

Y de ahí recibiremos la certeza, la máxima fe y utilidad, que se puede dar y crear a través de la prueba. El hombre, pues, por su propia naturaleza debe ser el medio, el argumento y el testimonio para probar todas las cosas pertinentes al mismo hombre, a saber, todo lo referente a su existencia, a su salud, a la condenación o a la felicidad, al bien o al mal<sup>35</sup>.

Y ahí comienza la indagación, en la patencia del ser y en la consideración de los grados del ser. La comunión y diferencia que experimenta el hombre con los diferentes grados de perfección en las criaturas, *esse, vivere, sentire*, y en la diferencia que desde el *intelligere* nos aparece con respecto a todas las otras criaturas inferiores a las que, además, nosotros no hemos dado el ser. Pero, que obliga, a la par, a preguntarnos por nuestra existencia y por el autor de la misma, así como por el señor de la creación toda<sup>36</sup>.

La respuesta a esta indagación del conocer será inmediata y clara: «Así como el hombre no ha dado el ser a las criaturas inferiores, así tampoco se ha dado a sí mismo ni el ser (*esse*), ni el vivir (*vivere*), ni el sentir (*sentire*), ni el entender (*intelligere*). Luego, por tanto, la misma mano hizo todo. El mismo señor, el mismo artífice ordenó todas las cosas, les dio la debida proporción y limitación (hechura)<sup>37</sup>. E igualmente clara y tajante su oposición a cualquier tentación de materialismo o de naturalismo: «Es imposible que todas estas cosas a sí mismas se hayan dado esta proporción, y que se la dieran por sí mismas; y sin embargo están ordenadas y proporcionadas. Luego alguien externo y superior a todas las cosas las ordenó, proporcionó, limitó y les dio lo que tienen. Ergo idem magister, idem artifex, eadem manus omnia ordinavit, mensuravit, limitavit et cuilibet suum proprium gradum dedit»<sup>38</sup>.

Será desde esta experiencia clara y manifiesta, con plena conciencia de la finitud, desde la que exclamará: «Tu hombre no te diste a ti todo esto que tienes, ni tampoco las criaturas inferiores te dieron lo que tienes, ni tampoco tal como eres te hicieron. Luego alguien mayor que tú, y que es sobre tí, te dio esto que tienes, porque por otro lo tienes, ya que por ti mismo no lo tienes ni desde la eternidad lo tuviste»<sup>39</sup>.

Y así por la propia exigencia del conocer y del saber del hombre, como demanda de la propia naturaleza, habrá que emprender y seguir la ruta segura de esta primera navegación, que necesariamente nos conduce a Dios, al uno que está por encima de todos los hombres, y que todo lo gobierna y ordena y confedera en una sociedad<sup>40</sup>.

#### b) Dios como posse est

¿Cómo nos aparece Dios?

35 LC, Pars prima, I, 2: «Et ideo ipsemet homo ex sua propria natura debat esse medium, argumentum et testimonium ad probandum omnia de homine, scilicet quae pertinent ad salutem hominis, vel ad damnationem, vel felicitatem, vel ad bonum, vel ad malum eius».

36 LC, Pars, prima, III, 8-9: «Hic ostenditur qui ex ista comparatione sequitur: quoniam ad oculum probatur et concluditur quod aliquis est dominus invisibilis supra hominem, qui ipsum condidit, et omnes illos gradus ordinavit».

37 Ibidem, 8.

38 Ibidem, 9.

39 Ibidem, 9, final.

40 Ibidem, IV, 10.

Como el poder, *posse*, el *ipsum posse*, el *posse est*<sup>41</sup>. Esta va a ser una presentación importante de Dios que hace Ramón Sibiuda en este título XL, «De posse», y que luego traerá también Nicolás de Cusa en sus obras *Dialogus de possesset*<sup>42</sup>. Dirá Sibiuda: «In Deo autem idem est esse quod posse; unde quia Deus est, ideo potuit esse, et quia potest esse, ideo est... Ulterius sequitur, quod Deus est purus actus, quia in eo idem est esse quod posse»<sup>43</sup>.

Recapitulando esta perspectiva, que desarrolla durante una serie de títulos, apuntará: «De todo lo dicho podemos concluir, cómo el ser del mundo, que es como un cierto cuerpo que se halla divido, distinguido y ordenado mediante cuatro grados, nos hace ascender a otro ser, y este mismo se nos manifiesta, del cual todo el ser del mundo es producido de la nada, *ex novo*. Y en el primer ser necesario descubrimos que existen los cuatro grandes grados, a saber, ser, vivir, sentir, y entender o libre albedrío. Y más allá descubrimos el mismo poder, que no hace grado, pues él es el funda todos los grados, y también se incluye en todos los grados. Y así llegamos infaliblemente al creador del mundo, al se, vivir, sentir, querer y poder, y que todas las cosas son para él lo mismo que el ser. Y más allá descubrimos las condiciones, y las propiedades y las distinciones del ser divino, como es el ser increado, primero, sempiterno, incommunicable, incorruptible, eterno porque todas las cosas son uno, y uno y lo mismo que ser, y así tendrás la máxima ciencia»<sup>44</sup>.

### c) La clave y secreto del conocer

Pero, ¿dónde está «la clave y el secreto de todo verdadero conocer»<sup>45</sup>? En este descubrimiento y conciencia que el hombre va haciendo de sí mismo al constatar la distancia que le separa con respecto a las criaturas inferiores. No sólo está revestido de una mayor dignidad y nobleza, que le convierten en el rey y señor de las cosas inferiores<sup>46</sup>, sino que en sí mismo descubre la libertad, el libre albedrío<sup>47</sup>.

Y esta libertad es la que «le obliga, *de jure naturae*, a usar su entendimiento y su voluntad para alcanzar su bien, y a tender a su utilidad, esto es, a su gozo y alegría, a la mayor esperanza, consuelo, paz, sosiego y confianza, y a evitar su daño, el mal la tristeza, la desesperación y todas las cosas adversas. Por lo cual el hombre, en cuanto hombre, mediante su entendimiento y voluntad debe adquirir todo su bien y toda su perfección, dignidad y nobleza. Y por lo tanto no debe utilizar de las cosas contra sí mismo y para su propia destrucción, sino a favor del hombre»<sup>48</sup>.

El mundo, el conjunto de las criaturas, todo lo creado, así acababa transformándose en signo, don y camino para el hombre: «*signum verissimum et argumentum infalibile, quod ipse conditor omnium Deus... fecit et ordinavit propter hominem*»<sup>49</sup>, dado por el Creador y Ordenador de la realidad toda para que el hombre desde su libertad pudiera tender a Él.

41 LC, Pars prima, XL, 49: «De posse»,

42 Nicolai de Cusa, «*Dialogus de possesset*», *Opera omnia*, XI,2, edidit Renata Steiger, Hamburgi in aedibus Felicis Meiner 1973, 32-33§ 27. Id., «De venatione sapientiae», *Opera omnia*, XII, ediderunt commentariisque illustraverunt Raymundus Klibansky et Iohannes Gerhardus Senger, Hamburgi in aedibus Felicis Meiner 1972, 34-38 § 34-38: «De secundo campo, possesset».

43 LC, Pars prima, XL, 49: «De posse».

44 LC, Pars prima, XLV, 52. Cf. XL-XLV, 49-52, con lo cual estará en condiciones de hablar de la creación del mundo.

45 LC, Pars secunda, LXII, 80.

46 Ibidem: «Sic confirmiter differt homo ab aliis gradibus per suam nobilitatem et dignitatem, eo quod habet nobiliorem et digniorem naturam super alias res, et per istam differentiam dignitatis suae bene consideratam cognoscimus, quod homo habet maximam dignitatem naturalem inter omnes res quas videmus». No entro a comentar los ecos tan expresos de este planteamiento en Pico de la Mirándola.

47 Ibidem: «Habet enim dignitatem liberi arbitrii, ita quod habet rationem per quam iudicat, intelligit et discernit omnia, et habet voluntatem liberam et naturalem libertatem».

48 Ibidem, LXVI, 90.

49 Ibidem, XCVI, 120. El título es el siguiente: «Quod per istam differentiam hominis ad alias res manifes-

Y desde la retórica de la persuasión, Ramón Sibiuda, podía exclamar y exhortar: «Así pues tu solo hombre recibiste. Recibiste pues todo lo que tienes en ti mismo, y recibiste todo lo que tienen las otras criaturas, porque ellas nada recibieron para sí mismas, sino que tú eres recibiendo y eres el beneficiado en el universo, y solo Dios es el que da y es el donador»<sup>50</sup>. Con ello, Sibiuda nos abría la puerta de la vía del beneficio, de tanto recorrido histórico y frutos copiosos, y nos situaba ante la estética de lo sublime.

Llegábamos, además, desde esta indagación del verdadero conocer a descubrir la respuesta que pesaba sobre nuestra existencia, ésta ahora era una existencia donada, recibida de Dios, junto con todos los bienes que nos acompañaban.

El hombre, así, al haber recibido tantos dones de Dios, y al habersele hecho patente, se sentía y quedaba obligado con respecto a Él y con respecto a las criaturas, obligación natural indeleble del hombre para con Dios, e infalible, y no negable, sino manifiesta y a todas luces visible<sup>51</sup>.

#### d) De la vía del beneficio al amor

Tras esta experiencia y embargados por el descubrimiento de los dones recibidos, Sibiuda todavía profundizará más en esta perspectiva, tratando de movernos al amor de Dios, al verdadero amor. Y lo hará tocando todas las fibras más sensibles del ser humano. La respuesta del agradecimiento, la del amor agradecido que surge del hombre entero, del corazón, de la voluntad, del sentimiento, del reconocimiento de todo lo recibido, de todo lo que gratuitamente esta recibiendo de las criaturas y de su Creador.

«Beneficium sentis, et hoc negare non potes. Quare datorem tanti beneficii non cognoscis?... Terra dicit... Mundus dicit: Vide quomodo te amavit, qui propter te fecit me servire tibi, quia factus sum propter te, ut et tu servias illi, qui fecit me, et tenet propter te, et te propter se. Si sentis beneficium, redde debitum»<sup>52</sup>.

Era la vía del beneficio como una fuente hermosa y gozosa de amor a Dios la que se nos abría, y que sería seguida, entre otros, como torrente sonoro por Pedro Dorland, *Viola animae* (Colonia 1499), *Violeta del alma* (Toledo 1500), Juan de Cazalla, *Lumbre del alma* (Valladolid 1528), Alejo de Venegas, *primera parte de diferencia de libros que hay en el universo* (Toledo 1545), Fray Luis de Granada, *Libro de oración y meditación* (Salamanca 1554), *Memorial de la vida cristiana* (Lisboa 1565), Diego de Estella, *Meditaciones del amor de Dios* (Salamanca 1576), hasta llegar, también, a San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual* (1577-1584 ?) en sus *Canciones entre el alma y el esposo*:

#### *Esposa*

Adónde te escondiste,  
Amado, y me dejaste con gemido?...  
Buscando mis amores  
iré por esos montes y riberas,  
ni cogeré las flores,  
ni temeré las fieras,  
y pasaré los fuertes y fronteras.

---

tatur debitum, de jure naturae, et naturalis et vera obligatio indelebilis, quia solus homo in universo soli Deo est naturaliter obligatus, et primo tam pro se quam pro omnibus creaturis».

50 Ibidem, XCVI, 121.

51 Ibidem, 121: «Omnia ergo quae sunt, claudunter in tribus, scilicet datore, acciopiante, et dono. Sunt ergo tria tantum, scilicet Deus dans, homo acciopiens, mundus et creaturae, donum seu munus... Ex omnibus his concluditur infallibiter naturale debitum, ac necessaria et naturalis obligatio hominis ad Deum creatorem omnium... Conclusa est ergo et inventa obligatio naturalis hominis ad Deum indelebilis, et infalibilis, et non negabilis, sed manifesta et summe visibilis».

52 Ibidem, XCVII, 123.

*Pregunta a las criaturas*

¡Oh bosques y espesuras,  
plantadas por la mano del Amado!  
¡Oh, prado de verduras,  
de flores esmaltado,  
decid si por vosotros ha pasado!

*Respuesta de las criaturas*

Mil gracias derramando,  
pasó por estos sotos con presura,  
y yéndolos mirando,  
con solo su figura  
vestidos los dejó de su hermosura...

*Esposa*

Mi amado, las montañas,  
los valles solitarios nemorosos,  
las ínsulas extrañas,  
los ríos sonorosos,  
el silbo de los aires amorosos.  
La noche sosegada  
en par de los levantes de la aurora,  
la música callada,  
la soledad sonora,  
la cena que recrea y enamora...  
Gocémonos, Amado,  
y vámonos a ver en tu hermosura  
al monte y al collado,  
do mana el agua pura;  
entrémonos más adentro en la espesura...  
y allí nos entraremos,  
y el mosto de granadas gustaremos»<sup>53</sup>.

Y ahora, como decía anteriormente, sí que sabíamos de donde veníamos, a donde íbamos y que sentido y significado tenía la vida y la historia. Se nos había dado la ciencia del verdadero conocer y del verdadero amor, y que era un sin límites amar.

¿Qué otra cosa nos quedaba sino ponernos a leer con ojo despierto o escuchar con oído atento? ¿Quién no podía apetecer esta recompensa segura que se nos ofrecía?

## 7. CONCLUSIÓN

Y así llegamos al final de esta exposición y de este poder alcanzar en Sibiuda, a través del *Libro de la criaturas*, el gustar el mosto de las granadas del verdadero amor, en palabra poética de San Juan de la Cruz.

He pretendido mostrar como Ramón Sibiuda repensaba esa modernidad naciente desde una filosofía que fuera capaz de vivificar, de despertar al hombre, yendo más allá de la escolástica, tratando de neutralizar, ya a comienzos del siglo XV, los peligros que anidaban en el nominalismo, en el averroísmo, o la tentación, que se expresaba, de ordenar la realidad desde la mera razón.

---

<sup>53</sup> San Juan de la Cruz, *Páginas escogidas*, Selección y notas Fernando Gutiérrez, Luis Miracle Editor, Barcelona 1940, 126-133.

Se nos ha despertado a florecer en lo divino, se nos ha llamado a no quedarnos en las cosas, a saber colmar la apetencia de lo divino de nuestra propia naturaleza, de los requerimientos de nuestra noble condición, recordándonos lo que éramos y a lo que habíamos sido llamados.

Y nos ha marcado el camino del gozo hacia lo divino a través de la vía del beneficio, ofreciéndonos la ciencia del verdadero conocer y del verdadero amor.

Había comenzado el Concilio de Basilea. Y un nuevo camino, ahora, se nos ofrecía en el *Libro de la criaturas*, la ciencia del verdadero conocer y del verdadero amor, del gozo pleno que al hombre le cabía anhelar.

José Luis Fuertes Herreros  
jfuertes@usal.es